

## FUNERAL POR EL PROF. FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA EN EL ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO

Palabras pronunciadas por el Pbro. doctor *Raúl Sánchez Abelenda* al celebrarse el solemne funeral en sufragio del profesor de Filosofía del Derecho y de Derecho Natural, doctor don FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA Y SPÍNOLA, en la Catedral de la Almudena de Madrid, el lunes día 19 de febrero de 1979, al cumplirse el primer aniversario de su fallecimiento.

Estimados católicos y queridos amigos:

Por ambas razones nos convoca el católico cabal y el entrañable amigo que ha sido, sigue y debe seguir siendo Francisco Elías de Tejada y Spínola.

De lo primero: católico, plena certeza; embebido su espíritu en la plenitud de la Verdad Primera, su corazón arraigado —con seguridad eterna— en el Sumo Bien y su efectividad saturada diáfananamente en la Belleza inagotable y que no se marchita. En ese Dios, el Dios católico, uno y trino, en el que creyó, esperó y a quien amó con pasión católica.

De lo segundo: su amistad, tan leal, tan benévola, nada interesada, la ha anclado en Dios. Nosotros, aquí en la tierra, podemos —no lo permita el Señor— responderle en forma pendular.

Al rogar en la celebración de esta misa católica —*misa de siempre*— por su felicidad eterna y sin tasa, rogámosle también a Nuestro Señor una amistad fiel y firme.

Fidelidad y firmeza a lo que fue y es Francisco Elías de Tejada: Primero, *su amor a la verdad*; su fanatismo, en el sentido más positivo y puro del término, por la Verdad. Y a la verdad *concreta*, desde Dios y para Dios, y en el hombre concreto —desfalleciente, lábil e inseguro— que necesita en todo instante —en lo que es y en lo que hace— la ayuda de la gracia divina. Gracia que por curarla, perfeccionarla y elevarla hasta la dignidad sobrenatural gratuita y amorosamente conferida por Dios, no anula su naturaleza humana. He aquí una de las claves fundamentales de Francisco Elías de Tejada, iluminadora de su *catolicidad heroica* o, si queréis, de su heroicidad católica.

Segundo, su reconocimiento y toda su vida de concienzudo, metódico y fecundo estudio por el *legado de los muertos*, de *nuestros muertos* (vivió convencido de que "sólo es cabal la vida de los muertos"), a cuyo ejemplo los vivos se conozcan lo que son y lo que deben ser y, así, se mejoren, sin desmayos, espiritual y materialmente, con la plena conciencia de la *tradición*, que al ser lo más vital no admite *hybris* arqueologistas ni utópicas.

De ahí que Francisco Elías de Tejada y Spínola respetara y amara infinitamente todas las civilizaciones como manifestaciones de la eterna búsqueda humana de Dios, sin temor a destacar, como otrora las grandes luminarias de la Iglesia, Santos Padres y Doctores de la verdad católica y los grandes teólogos hispánicos de la "potentia oboedientialis" la chispa de verdad que contienen en relación con el mensaje eterno de Jesucristo.

En este contorno, comulgando estas concretísimas realidades, será sin mentiras, será noble, será entrañable nuestra firme y fiel amistad con Francisco Elías de Tejada en una coincidencia fundamental, lo único que arrastra o puede arrastrar los corazones, como arrastró el de nuestro querido amigo. Convergencia que, semejante a la rosa de los vientos de sus Españas áureas y universales —nuestras Españas *hoy*, peninsular y extrapeninsularmente, tan postradas, tan ajadas, tan befadas, tan traicionadas—, nos ha congregado desde lejos y desde cerca, pero siempre desde lo íntimo, porque el hogar de nuestro encuentro es el corazón ardiente, vivo, de nuestro amigo.

Sus elogios, verdaderos y no fingidos, merecidos con justicia creciente, se han hecho —los habéis hecho vosotros— y seguirán haciéndose. No cabe *aquí* —en este recinto y momento tan sagrado— una estampa, so pena que nos olvidemos de rogar por su alma, por su eternidad dichosa. Pero sí le cabe a Francisco Elías de Tejada el "os bilingue detestor" de la Sagrada Escritura y su correlato agustiniano "odium peperit veritas", porque toda su vida fue una afirmación tangible del "veritas liberavit vos" del Evangelio. Ese Evangelio y su maestro San Agustín que le hizo sentir la certeza de que "in necessariis unitas (la unidad de la verdad), in dubiis libertas (la amplitud para todo reflejo divino, inclusive «extra Ecclesiam»), in omnibus caritas" (el "hacer la verdad en la caridad", del Apóstol).

Pero todo esto, arraigado en la doble afirmación de su también maestro impar, Santo Tomás: "intellectum valde ama" y "contem-plata aliis tradere". Por eso Francisco Elías de Tejada cifra todo lo que nos lega y que a él nos ata y obliga: Tradición versus modernidad. Modernidad borrascosa, nominalista, intramundana, inmanentista, hilista y gnóstica, cuya crisis total —dilata y profunda— sólo puede ser salvada, sin abstracciones, sin utopías ni componendas,

por la *catolicidad* de la verdad, sólo contenida y vigente en la Tradición. Una vigencia, empero, por momentos débil, hecha con tiempo, pero diamantina con su rumbo inexorable hacia la eternidad. Francisco Elías de Tejada vivió convencido —dichosa y amorosa convicción— de que “esta es la victoria que vence al mundo: vuestra fe”. Así se explica su tenaz cabalgada civil —opportune et imopportune— por la verdad. ¡Tradición versus modernidad!

Ahora rogamos por el merecido descanso de este amigo, cuya tarea parece incansablemente doblarse: “*exiit homo ad opus et laborem suum usque ad vesperam*” (maduros 60 años) porque nos sobredimensiona y compromete a continuarla y fructificarla. Y esto sin pesimismo antropológico, porque a él como también a nosotros nos corresponde el único sentido de la vida: la posibilidad, la capacidad que tenemos de salvarnos o condenarnos.

Tal fue la andadura terrenal de Francisco Elías de Tejada, convencido por su fe católica de la omnipotencia de la gracia divina. Y ello con grandeza de ánimo. Y pienso por momentos —cuando el Señor de un alarde de su poder nos priva de las causas segundas cuanto más urgen— que la ausencia física de Francisco Elías de Tejada es para nuestras Españas yermas hoy de una clase a guisa del martirio de San Hermenegildo, cuya sangre cimentó la gloriosa historia por más de diez siglos de las Españas eternas. Pidámosle, pues, a N. Señor, por intercesión de su Madre y Señora nuestra, la gracia de su eternidad feliz. Que así sea. Ave María purísima.